

SEGUNDO DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO

Muchos de nosotros que crecimos en ambientes disfuncionales o desordenados aprendimos desde temprano que no podíamos confiar en que otros cubrieran nuestras necesidades o nos ayudaran a sentirnos seguros. A menudo mantuvimos esa creencia hasta la edad adulta, al lado de comportamientos que antes nos protegían pero que ahora nos frenan en el crecimiento emocional y espiritual. Como hijos adultos, buscamos la recuperación para sanar nuestra relación con nosotros mismos, con los demás y con Dios.

Los Doce Pasos brindan un camino hacia esta sanación. El primer paso nos invita a reconocer que nuestros intentos de controlar o manejar la vida se volvieron desgastantes e ineficaces. Podemos haber asumido roles como el héroe, el chivo expiatorio, el inapreciable o el guardián; frecuentemente perdiendo el contacto con nuestro verdadero yo. Cuando finalmente admitimos nuestra impotencia ante estos patrones, abrimos la puerta a la presencia sanadora de Dios.

El Evangelio de este domingo (Juan 1, 29-34) presenta un momento poderoso de reconocimiento espiritual. Juan el Bautista, enviado a preparar el camino para Cristo, ve a Jesús acercarse y declara:

Juan el Bautista vio a Jesús, que venía hacia él, y exclamó: “Éste es el Cordero de Dios, el que quita el pecado del mundo. Éste es aquel de quien yo he dicho: ‘El que viene después de mí, tiene precedencia sobre mí, porque ya existía antes que yo’. Yo no lo conocía, pero he venido a bautizar con agua, para que él sea dado a conocer a Israel.” Entonces Juan dio este testimonio: “Vi al Espíritu descender del cielo en forma de paloma y posarse sobre él.”

Juan reconoce lo más importante: no su propio papel o importancia, sino la presencia de quien realmente puede sanar

y restaurar. Su humildad y claridad hablan de una verdad más profunda: necesitamos a alguien superior a nosotros mismos que nos lleve hacia la paz.

Como hijos adultos, muchas veces se nos dificulta confiar. Pero no se nos pide que nos recuperemos solos. De la misma manera que Juan dirigió a otros hacia Cristo, Dios pone en nuestras vidas a personas que nos pueden ayudar a crecer espiritual y emocionalmente. Estas pueden incluir terapeutas, padrinos, madrinas, mentores o amigos en recuperación que ofrecen su experiencia, fortaleza y esperanza. No son perfectos, pero ayudan a revelarnos a Aquel que sí lo es.

San Francisco de Sales, en *Introducción a la Vida Devota*, describe esta clase de relación sagrada como una que “ha de ser fuerte y dulce, toda ella santa, toda sagrada, toda divina, toda espiritual”. Él nos motiva a tener “una gran confianza (en el acompañante espiritual) y, a la vez, una santa reverencia, de suerte que la reverencia no disminuya la confianza, y la confianza no impida la reverencia... confía en él, con el respeto de una hija para con su padre, y respétalo con la confianza de un hijo para con su madre” (Parte I, Capítulo IV).

La sanación se presenta a cuando permitimos que Dios obre a través de los demás y cuando dejamos que nos vean, no presentando a un falso yo, sino por medio de la honestidad y la humildad. Las personas que caminan con nosotros en la recuperación nos ayudan a desaprender viejos patrones y a abrirnos a nuevas formas de ser.

Al comenzar este nuevo tramo del Tiempo Ordinario, se nos invita a examinar cómo estamos comenzando de nuevo. Puede ser que no hayamos crecido en entornos donde el amor se expresara abiertamente o donde la confianza estuviera firme.

Pero por medio de la Gracia de Dios, y al caminar junto con otros esta senda de recuperación, empezamos a aprender cómo vivir de manera diferente.

Jesús, el Cordero de Dios, no solo perdona sino también transforma. Nos quita la culpa, la confusión y el miedo. En su lugar, Él brinda identidad, paz y pertenencia. Paso a paso, nos convertimos en los hijos queridos de un Padre amoroso.

PREGUNTAS PARA LA REFLEXIÓN

- ¿Cómo ha influido tu experiencia como hijo adulto en la forma en que percibes la confianza, la autoridad o la vulnerabilidad?
- ¿En tu vida, quién te ha ayudado a orientarte hacia la presencia sanadora de Cristo?
- ¿Qué patrones o roles de la infancia estás comenzando a soltar durante la recuperación?

LECTURAS DOMINICALES

PRIMERA LECTURA Isaías 49, 3, 5-6

SALMO RESPONSORIAL Salmo 40, 2, 4, 7-8, 8-9, 10

SEGUNDA LECTURA 1 Corintios 1, 1-3

EVANGELIO Juan 1, 29-34